

Introducción

BETANZOS. CAMINO INGLÉS

Abril 1460

Suero entregó el niño a su hija Serbia y le ordenó que se metiera en la cabaña. Al apostar a los más pequeños vigilando el camino les había dado tiempo de esconder al bebé. Hombres a caballo solo podían significar dos cosas: peregrinos haciendo el camino de Santiago o recaudadores de su señor, Gómez Pérez das Mariñas. El sol resplandecía y las nubes blancas que señalaban el buen tiempo se deslizaban por el aire azul anunciando un día de calor. A Suero le había parecido buen momento para empezar a sembrar el trigo de primavera y junto a sus cinco hijos y Guntroda, su mujer, se había levantado con las primeras luces del alba para preparar la tierra.

No había notificado el nacimiento de su último hijo porque la cerda había parido apenas hacía un mes, y hasta que no pudiera vender los lechones no tendría dinero para pagar la goyosa y ya era mucho lo que debía a su señor. Solo faltaba una semana para la feria de Betanzos; una vez pasada, podría pagar deudas e impuestos sin más recargos ni demoras.

Todos, incluso los más pequeños, sabían lo que tenían que hacer, pero Guzmán, el hijo mayor, que ya era tan alto como Suero, cogió una piedra apuntada y la escondió en la palma de su mano. No le sería de gran utilidad si se producía un enfrentamiento, pero apretarla le hacía sentirse menos vulnerable. Guntroda se manchó la cara y los cabellos rubios con tierra. Aunque ya no era una muchacha, sabía qué si los hombres decidían divertirse con ella, su marido no podría hacer nada por impedirlo. No sería la primera vez que

con su cuerpo pagaba ese tributo. Con los soldados y los señores ninguna mujer, por vieja que fuese, podía sentirse fuera de peligro. ¿Acaso una partida de hombres de los Andrade no había forzado a la vieja de los Ferreiro en Pontedeume el invierno pasado?

Continuaron trabajando en silencio, como si nada supieran de la llegada de los jinetes, apartando piedras para un montón y sachando la tierra, mientras que las gallinas daban buena cuenta de las lombrices que aparecían, y la cerda, tumbada al sol, amamantaba a sus crías.

Las nubes altas pasaban veloces, pero para Guzmán el tiempo se había detenido. Aferrado a su piedra, miró a sus padres y a sus dos hermanos pequeños, que seguían arrancando lavazas y dientes de león. Todo parecía formar parte de una pesadilla en la que no podía intervenir.

Serbia había colocado al bebé en una cesta de bimbio, escondiéndolo al lado del hogar, en medio de los haces de leña. Por suerte el chiquillo acababa de mamar y parecía profundamente dormido. La muchacha colocó encima de la cesta unos tallos de berzas llenos de simiente para ocultar aún más su presencia y después cogió ceniza y manchó su cara y su pelo. Entre el montón de boñigas secas que usaban para encender, eligió la que le pareció más fresca, la abrió y, venciendo su repugnancia, se frotó con ella el cuello, las muñecas y los pequeños senos, como si de un delicado perfume se tratara.

Al fin los jinetes aparecieron ante la vista de Suero, confirmando sus peores presagios: se trataba de los hermanos Esquerdo, comandados por Fernán Parragués, el hombre de confianza de su señor, Gómez Pérez das Mariñas. Suero maldijo en su interior y rogó «ayúdame Señor», mientras que se quitaba el gorro y les daba la bienvenida agachando la cabeza en señal de respeto. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía el pecho. Los tres hombres entraron en el terreno que preparaba la familia sin responder a su saludo, pisoteando los surcos y espantando a las gallinas.

—¿Qué vas a sembrar ahí, Suero? —preguntó Parragués después de un instante interminable.

—Trigo, mi señor —contestó sin atreverse a levantar la mirada.

Parragués, sujetando las riendas con su mano izquierda, desvainó su espada dejando que colgara indolente de su mano derecha. Sus hombres hicieron lo mismo, mientras daban vueltas alrededor de la familia. Guzmán apretó con fuerza la piedra que escondía en la mano. Parragués, lentamente se acercó a Guntroda, que permanecía con la cabeza baja, y le tocó el vientre con la punta de su espada.

—¿Este año no has preñado a tu mujer? —preguntó zarandeando los andrajos—. ¡Qué raro!

—El niño nació muerto, mi señor —respondió Suero, mirando furtivamente la cabaña—. El invierno ha sido muy duro y lo hemos pasado muy mal. Mi hijita Sara, la pequeña, también murió.

A Guntroda se le llenaron los ojos de lágrimas pensando en la pobre Sariña, sola en el cielo con apenas tres añitos, sin más compañía que Dios Nuestro Señor. Por mucho que el sacerdote insistía en la fortuna que había tenido por haber abandonado este valle de lágrimas, se le llenaba el pecho de congoja cada vez que pensaba en la pequeña. Si hubieran podido pagar un físico, quizá aquella tos no se la hubiera llevado. Sollozó y Fernán Parragués la miró con interés. Guntroda jamás había sido una mujer hermosa, era ancha y de huesos fuertes, pero las privaciones del invierno le habían afilado los rasgos y su rostro, a pesar de estar manchado de tierra, parecía cincelado en piedra. Parragués le puso la punta de la espada en la barbilla y le hizo levantar la cabeza. Una lágrima se escapó de sus ojos al tiempo que la rabia acumulada, que nunca había sentido con tanta fuerza, le impulsó a levantar la mirada. A pesar de estar vestida con harapos y tener una espada al cuello, al levantar los ojos, adquirió la dignidad desafiante de una reina. Si algo tenía que suceder, que sucediera ya. Aquella mirada retardora cogió por sorpresa a Parragués que, azorado, apartó la espada del cuello de la mujer, pero, reponiéndose al instante, como si formara parte de un juego, se la colocó debajo del pecho izquierdo y, levantándolo, hizo que se bamboleara.

—No tienes aspecto de haber pasado mucha hambre, tus tetas están apetecibles como melones maduros —dijo sarcástico y las

risas de sus hombres celebrando la chanza le hicieron recobrar la confianza—. ¿Y tu hija la mayor? —preguntó a Suero—, no la veo por aquí.

—Está enferma también —contestó el campesino—, fiebres, mi señor.

—¿Fiebres una muchacha tan lozana? —Parragués lo miró con astucia.

—Si lo deseáis entrad en la casa y vedla con vuestros ojos, mi señor —repuso obsequioso.

Guzmán miró a su padre con desprecio.

—No entraría en esa pocilga ni aunque el cielo se desplomara sobre mi cabeza, sobre todo pudiendo gozar de esta mañana tan hermosa aquí fuera —contestó Parragués.

Lo que Suero llamaba casa no era más que una choza construida con troncos de árbol y tablones bastos unidos entre sí por una mezcla de tierra, piedras y musgo. Serbia miraba la escena por las rendijas de la puerta con el corazón golpeando en las sienes. Le hubiera gustado gritar, pero le costaba respirar y boqueaba como un pez fuera del agua. El viento había cambiado de dirección y el hogar se estaba llenando de humo. Puso unas pajas encima de las brasas y sopló a ver si haciendo llama volvía funcionar el tiro, pero lo único que consiguió fue levantar una nube de ceniza que se le metió por los ojos y la nariz, provocándole ganas de toser y estornudar.

Fuera una brisa suave que venía del mar ondulaba los campos, agitando las copas de los árboles y plegando los andrajos de Guntroda a su cuerpo. Sus pechos abultados por la maternidad contrastaban con la delgadez de su cuerpo y Parragués, que había vuelto a centrar su interés en ella, se recreaba dando una vuelta a su alrededor, rozando su cuerpo con la punta de la espada.

—Apenas has perdido lozanía con los hijos, Guntroda —dijo complacido.

Suero apretó con fuerza su azada tragando saliva. Parragués tenía fama de haber yacido, de buen grado o por la fuerza, con todas las mujeres a su alcance. Guzmán miró a su padre y le enseñó la piedra

de su mano. Suero negó con la cabeza. Los tres hombres iban a caballo, llevaban cotas de malla y estaban bien armados. No tenían la más mínima oportunidad, pero la cara de Guzmán estaba tan crispada como una nube de tormenta y miraba a Parragués con tal expresión de odio que por un momento Suero se asustó.

Los hombres, divertidos, estaban pendientes del juego de su señor con Guntroda, que continuaba mirando a Parragués desafiante. La mujer sabía que, llegado el caso, a los señores cualquier actitud les servía de refuerzo. Tanto les gustaba doblegar la rebeldía, como les excitaba provocar temor y llanto. Un solo pensamiento ocupaba su cabeza: si algo tenía que pasar, que pasara cuanto antes, y mejor con su cuerpo y no con el de su hija. Suero, atemorizado ante el cariz que iban tomando las cosas, intentó desviar la atención de su señor:

—Gracias al cielo, Dios aprieta, pero no ahoga. Mirad mi señor, con qué lechones tan hermosos nos ha bendecido el Buen Señor Jesús —las palabras salían a borbotones de su boca, intentando parecer jovial y despreocupado—. Este va a ser un buen año para todos, la tierra está dura y sana, ya lo dice el refrán, año de nieves año de bienes, y ya han pasado muchos peregrinos camino de Santiago. ¡Sus buenas monedas habrán dejado en las arcas de nuestro señor Gómez Pérez das Mariñas, que Dios guarde muchos años!

Intentó acercarse a Parragués, pero los hermanos Esquerdo le impidieron el paso con sus caballos. Guzmán apretó tan fuerte la piedra en su mano que se clavó una arista y empezó a gotear sangre. El castigo por agredir a un señor era la muerte, pero en ese momento Guzmán era incapaz de pensar. Dio un paso atrás para coger impulso, y si hubiera lanzado la piedra, probablemente hubiera matado a Parragués, porque el muchacho era muy fuerte y tenía buena puntería, pero dentro de la cabaña el bebé se echó a llorar y ese sonido los paralizó a todos. Suero aprovechó para sujetar a Guzmán y hacerle tirar la piedra.

—¿Acaso quieres que nos maten a todos, insensato? —masculló lleno de rabia.

El primer llanto había sonado como un maullido, si no volvía a llorar podría pasar como si hubiera sido un gato. Serbia, aterrada, sacó al bebé de su cesta lo más rápido que pudo, acunándolo en sus brazos para que se calmara; pero el chiquillo solo había hecho una pausa para tomar aire y, pese a los ruegos de la muchacha, volvió a llorar con fuerza, despejando cualquier duda sobre su presencia. Guntroda sintió como si hasta los pájaros hubieran dejado de cantar.

—¿No me habías dicho que el niño había nacido muerto? —preguntó sorprendido Parragués, señalando con un gesto la cabaña.

—El de mi mujer sí, mi señor —balbució Suero desesperado viendo cómo los Esquerdo desmontaban y se dirigían a la cabaña— el llanto que escucháis es el de un bastardo de mi hija.

—Así que la niña te ha salido pendanga y la preñez era su enfermedad —dijo como hablando para sí divertido.

Cuando los dos hermanos sacaron a Serbia sollozando con el niño en brazos, Guntroda se abalanzó sobre Parragués suplicando por su hija, pero este, sin apenas mirarla, le dio un empujón con la pierna y la mujer se desplomó sobre la tierra. Los pequeños corrieron hacia a ella y la abrazaron llorando asustados.

Parragués bajó de su caballo, envainó la espada y se acercó a Serbia.

La muchacha acababa de cumplir catorce años y aunque jamás había estado con un hombre, su madre la había prevenido sobre lo que hacían los soldados con las mujeres, sobre todo si eran jóvenes y bonitas. Sintió tal pavor ante lo que se le avecinaba que, al ver acercarse a Parragués con su aspecto fiero, perdió todo control y, muerta de vergüenza, se meó encima. Hubiera preferido morir y desaparecer a tener que vivir ese instante. Los Esquerdo, sin soltarla, se alejaron todo lo que pudieron con gesto de asco. Parragués frenó su acercamiento.

—¡Por Dios bendito! ¡Lo que faltaba! —gritó asqueado—. ¿Y este hedor? ¿Qué es, tu hija, el crío... o la cerda? —los Esquerdo rieron y Parragués, que por un momento parecía que iba a estallar en cólera, rio también—. ¡Huele a demonio! Apartad de mi esta carroña —arrugó la nariz y se alejó unos pasos—. Es que se le quitan a uno

las ganas de todo ¡Vámonos! ¡Coged esos lechones y sigamos con la ronda!

Parragués subió de nuevo al caballo y salió al camino, derribando a Guzmán, que se le había puesto delante. Los Esquerdo soltaron a Serbia, que cayó de rodillas sollozando con el niño en brazos, entraron en la pocilga y, apartando la cerda a patadas, cogieron uno a uno los lechones y los metieron en sacos. Solo dos se les escaparon. Guntroda gritaba suplicando que no se los llevaran.

—¡Calla bruja! —dijo Parragués—. Y tú Suero, no te olvides, o echas de casa a tu hija con su bastardo o deberás pagar la goyosa.

—Sí, mi señor —repuso Suero.

—Y dile que se lave, antes me tiraría a esa cerda.